

CAPÍTULO 2

JOSÉ LUIS DÍAZ CABALLERO

Image not found.

Capítulo 1

2 Campamento del MLA-52 en Walikale Kivu del Norte (República Democrática del Congo) 26 de agosto de 2011 Terrence Mcforth oye un gemido de mujer y mira a su izquierda. Arrinconada en una esquina, sus dedos arañan débilmente el yeso de las paredes. Él la penetra, aprieta su pelo y tira de la cabeza hacia atrás. Al terminar se sube los pantalones y aparta a la mujer con una bofetada en la mejilla. Terrence advierte en ella un gesto vacío. Su rostro inerte cuelga de una frente manchada de sangre y rota por una cicatriz violácea que la divide en dos.

Una palmada en el hombro hace que Terrence cruce la puerta. Camina hacia el centro de la estancia. El hombre está apoyado en una pared. Tras haber registrado el bolsillo de su pantalón, acerca el dorso de la mano derecha a su nariz y aspira con fuerza. Sacude un par de veces la cabeza y exhala el aire con la boca muy abierta.

Luego ajusta el arma que cuelga de su cintura y apoya los dedos alrededor de la culata.

Le observa mientras camina hacia él. El hombre desenfunda el revólver y, tras hacer con él un par de círculos en el aire, le clava el cañón en la frente. Este cierra los ojos pero no tiembla. Tampoco suda. Tan solo coloca sus manos en ambas caderas antes de abrir nuevamente los ojos para clavarlos con fijeza en el entrecejo de aquel tipo.

—Si quiere disparar, hágalo, pero no creo que ni usted ni yo nos podamos permitir el lujo de perder el tiempo, capitán.

El hombre eleva el cañón simulando un disparo antes de dar media vuelta y rigirse hacia una de las ventanas. Tras encender un cigarro expulsa una larga bocanada. Un hedor de sudor y plomo asciende pesadamente por las paredes. Las esquinas están manchadas de sangre y un extraño líquido viscoso brilla bajo las columnas oscuras que se descienden desde el techo. En el fondo de aquella estancia se apilan bancos alargados de madera. Terrence piensa que aquello puede ser una capilla, un refugio para violaciones, un centro de fusilamiento o todas las cosas al mismo tiempo. Es mediodía y el sol se despliega por el suelo, creando parcelas irregulares de luz.

—Como verá, sigo vivo. Todos seguimos vivos. El campamento funciona y consigo que se cumplan las reglas. La zona de control sigue siendo segura. La guerra continúa sin necesidad de que ningún blanco nos dé palmadas en el hombro. Hace años que dejaron de comprar coltán y no nos ha comido la tierra.

—Las cosas han cambiado, capitán.

—La respuesta es no.

—Escuche al menos mi oferta.

—Nadie entrará en la mina sin mi permiso. Si alguien lo intenta lo mataré. Ambos son de la misma altura. Aproximadamente un metro noventa. El cuello del capitán es largo y delgado. Su espalda cae sobre la cintura como la silueta perfecta de un embudo. Tiene tan solo veinte años y mastica cada palabra con un perfecto francés.

Terrence cruza las manos detrás de la cintura y dibuja en el suelo un pequeño rectángulo con la punta del pie. Elige bien las palabras. Pretende ser asertivo. Se muestra relajado y muy seguro del curso por el que dirigirá la conversación.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que usted no será el próximo?

—Así lo quiere Dios.

—Dios hace mucho tiempo que no pisa este lugar. —Mide lo que dices, inglés. Hablas con un ministro del Señor.

—Goma ha caído y no tardarán demasiado en cercar sus posiciones. Necesitan rearmarse.

—Quien intente atacarnos recibirá un tiro en la cabeza. —El capitán sostiene el cigarro con su mano derecha mientras simula un disparo con la izquierda. No deja de mirar por la ventana. Terrence busca su punto débil a través de los gestos. El rostro del capitán se proyecta en un cristal situado aisladamente junto al marco de la ventana. El reflejo vierte una imagen torcida. Sus pómulos se descuelgan al vacío, abriendo una grieta alrededor de la boca. La imagen es insuficiente para Terrence. Decide centrar su atención en la nunca del capitán. Sus tendones se contraen de forma abrupta con cada calada.

—Su munición ligera es escasa. No creo que resistan un ataque y mucho menos si es por aire. Yo le puedo...

—¡No me respetas, inglés! ¿Has venido para decirme que estoy acabado?

—El capitán gira su cuello y mira hacia atrás de reojo. Los ojos apuntan contra el suelo mientras el resto de su cara se contrae.

—He venido para decirle que tome precauciones...

—Has venido para entrar en la mina y ya sabes cuál es la respuesta. Terrence se percata de que el capitán abre y cierra su mano izquierda repetidamente. Los dedos se pliegan sobre sí mismos hasta formar un puño compacto.

Emergen los nudillos como rocas comprimidas mientras palidece la piel que los envuelve. Aunque Terrence piensa que puede estar pisando un terreno quebradizo, decide mantener su línea de ataque. Mira las vigas atravesadas del techo mientras aplaca con su mano derecha el fuerte latido que se cuele por sus costillas. Es el momento de hablar de él. Antes de dar el paso, Terrence se asegura que los dedos del capitán se antienen alejados del revólver.

—Él no querría que cayese el grupo.

El capitán irgue los hombros y tuerce la cabeza. Su mirada se balancea ahora de izquierda a derecha buscando una palabra, un gesto. Quizá persigue acortar el espacio entre ambos para asegurar la certeza del disparo. Para Terrence no hay marcha atrás. Se sienta en uno de los bancos y estira las piernas. «Un gesto demasiado altivo», piensa. Se arrepiente incluso antes de clavar sus talones en el suelo. Sin embargo, mira al frente y evita cargar con el peso diagonal de una mirada que, por ahora, supera a la suya en flema y sangre fruncida.

—¿Qué es lo que sabes?

—Los meses se harán eternos, capitán. No tiene tiempo para esperarle.

El capitán permanece callado. Solo sus ojos sobresalen bajo una cortina de sombra. La atraviesa con paso lento y gesto desafiante. Terrence estira disimuladamente su mirada hacia la derecha. El polvo del suelo se hincha a media altura y crepita bajo las botas del capitán. El perfil de sus manos apoyadas en el cinturón y el peligroso balanceo de su dedo índice, muy próximo al gatillo, hace que Terrence empuje sus labios hacia dentro. El capitán lanza el cigarrillo contra el suelo y posa con fuerza su pie izquierdo sobre el banco. Un impulso eléctrico que podría haberlo partido por la mitad. Los intentos de intimidación forman parte del guión. Terrence los abraza como parte del juego. Aún mantiene la capacidad para disfrazar sus impulsos. Una maestría decenal en evitar la delación de cualquier parte visible del cuerpo. Sus manos alargadas yacen inmóviles en medio de los muslos. Ni un solo temblor. Ni una gota inoportuna reventando sobre sus pómulos.

—Tú sabes si está vivo...

—Capitán, la posibilidad de una emboscada está más presente que nunca. Hace esos que no recibe un solo cargamento desde Kigali. Tampoco vende coltán. Así les será muy difícil resistir.

—¿Y tú por qué quieres entrar en esa mina? ¿Qué tiene que te interese tanto? —Las preguntas del capitán son formuladas como acto de afirmación. Terrence eleva la mirada. El labio superior del capitán emerge hasta casi tocar la punta ovalada de la nariz. Es como una pared arrugada que amenaza con desprenderse hacia la barbilla.

—Quiero lo mismo que trató de proteger el general. Sé cuáles fueron sus órdenes y entiendo por qué lo hizo. Allí abajo hay algo valioso. Él lo protegía porque conocía su valor. Sabía que podría serle útil cuando decidieran romper sus apoyos. El general sabía que, entonces, vendría alguien como yo para ofrecer...

—Aún no te he matado porque pensaba que me dirías dónde está. Si crees que te dejaré bajar a la mina estás muy equivocado, inglés. Para mí no eres más que la misma mierda blanca que ahora se arrepiente de haberle dado la mano a un tutsi como el general Robert o como yo.

—¿Qué cree que haría el general Robert si estuviera en su lugar, capitán? ¿Piensa que les dejaría morir? Solo necesito una jornada de trabajo y tres o cuatro hombres para bajar a la mina.

—Cierra tu puta boca, inglés.

—Un millón de dólares, diez cargamentos de artillería ligera, cinco misiles y cuarenta kilos de cocaína. Todo por una jornada de trabajo. Podría entregarle la mitad del dinero en el momento en que...

El capitán desenfunda su arma y clava el cañón en la sien de Terrence.

—¡Ponte de pie! Terrence se levanta del banco con las palmas de la mano mirando hacia el frente.

Durante un par de segundos ha cerrado los ojos. Una pequeña gota asoma por el agrimal y Terrence debe contenerla. El cañón del revólver impacta contra uno de sus párpados. Su cabeza gira violentamente hacia la izquierda. Pese a la dureza del golpe, Terrence ha sabido dominar el gesto. Las manos siguen en su lugar, los hombros alineados contra el

suelo y la cabeza nuevamente en su sitio apuntando hacia el fondo de la estancia.

Solo el fino reguero de sangre que resbala por su mejilla derecha le hace parecer vulnerable. Es ahora cuando Terrence baja su mano derecha y la introduce en uno de los bolsillos de su camisa. Lo hace muy lentamente. El capitán baja la mirada. Acaba de ajustar la posición de su cuerpo sin separar ni un solo centímetro el cañón del revólver.

La mano de Terrence sale nuevamente del bolsillo. El capitán advierte primero su muñeca ancha, luego los nudillos y por último unos dedos largos que se cierran sobre un objeto de poco tamaño.

Terrence sigue mirando hacia el frente, pero nota que el cañón se aleja de su piel.

El capitán retrocede un par de pasos. Ha bajado el brazo, pero no aparta su mirada de la mano de Terrence. Este gira la cabeza y observa el rostro petrificado del capitán.

—¿Quién coño eres, inglés? Terrence sostiene entre sus manos unas gafas. El cristal derecho permanece intacto. Del otro solo quedan restos en uno de los vértices. Terrence sigue mirando hacia el frente mientras las agita levemente con sus dedos. Ahora su rostro exhala un frío congelador. Alarga su mano derecha y le ofrece las gafas al capitán. Este las recibe sin dejar de observarlas. El revólver apunta contra el suelo y el dedo índice del capitán acaricia el tambor con un movimiento lento e inconsciente.

—Uno de mis hombres te llevará en coche fuera de la zona de control. El capitán rezuma nerviosismo. Las palabras salen de su boca escupidas con retazos de plástico. Su francés ya no es tan perfecto. Enfunda el revólver y lanza un to que revienta contras las vigas astilladas del techo. Un soldado entra en la estancia y escucha atentamente las órdenes del capitán. Terrence se dirige hacia la salida con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón. El mismo gesto altivo con el que inició la conversación. El capitán habla de nuevo abstraído con el reflejo plomizo que destella la montura.

—Si le traes con vida..., donde quiera que esté, bajarás a la mina.

Terrence mira a su izquierda y esboza una breve sonrisa. Salvar la vida ha sido, de momento, su objetivo más sencillo.

El soldado conduce el todoterreno a gran velocidad. Es el mismo que le llevó dentro de la zona de control. Antes de partir, Terrence le regaló una botella de whisky.

Ahora, con más de media consumida, bebe con una mano mientras con la otra agarra la parte superior del volante. El cuello del soldado es ancho pero no demasiado largo. Su corpulencia le hace invadir el espacio más allá del asiento. Cuando bebe deja caer su brazo izquierdo como un peso muerto golpeando el hombro de Terrence. Este permanece en silencio observando la parte trasera del vehículo. Una lona verde anclada a la carrocería con cuerdas de esparto tapa su interior. Tres agujeros separados entre sí dibujan la forma de un triángulo. Dos en sendas esquinas y otro en el lado interno de la lona. Detiene su atención en este último. El agujero aún se abomba por dentro.

Mira el reloj y observa la caída del sol. Clava la vista en el frente simulando con la mano izquierda una visera sobre sus ojos. El soldado le observa y Terrence sonríe. El primero responde con una larga carcajada mientras bebe otro trago de la botella. El vehículo hace un quiebro inesperado y la botella cae contra el suelo. Terrence la siente junto a sus pies. El soldado se agacha para cogerla con su mano derecha. Rebusca torpemente mientras el todoterreno zigzaguea a gran velocidad. Siente el peso del soldado sobre sus rodillas. Tras unos segundos se incorpora sobre el asiento, introduciendo la botella entre sus piernas. Sus minúsculos ojos han quedado al descubierto. Solo cuando el soldado se ajusta las gafas de Sol, Terrence introduce su mano derecha debajo del asiento, despega muy lentamente el esparadrapo y saca una revólver nueve milímetros con silenciador.

Los dos disparos van dirigidos contra el cuello y la cabeza del soldado. Terrence se ha recostado sobre el asiento, evitando que la sangre proyectada penetre en sus ojos. El cuerpo del soldado cae de bruces contra el volante. Antes de que el todoterreno acelere en exceso, lo empuja fuera del vehículo con una patada y se coloca en el asiento del conductor.

Tras mirar atentamente el espejo retrovisor de su derecha y echar dos veces la vista hacia atrás, detiene el todoterreno a un lado del camino de tierra. Sus gestos son rápidos, mecánicos. Baja del vehículo y se dirige hacia la parte trasera. Desata las cuerdas de la lona y la retira con un movimiento eléctrico.

Los tres niños aún permanecen con vida. Han abierto sus ojos tras el primer contacto con la claridad. Yacen sobre el suelo en posición fetal y ninguno se levanta con el primer impulso. Uno de ellos emite un ligero ronquido al respirar. El silencio de los otros dos lo hace más ostensible. Terrence les observa con la mano apoyada en una lama del todoterreno. —Arriba, no tenemos demasiado tiempo —dice Terrence.

Los tres niños se mantienen inmóviles. Terrence eleva su mano derecha y les apunta con el revólver.

—¡Arriba! El primero en incorporarse no tiene más de diez años. Viste una camisa verde dos tallas por encima de la suya. Su cabeza está completamente afeitada. Aprieta los labios al bajar y limpia con la manga el surco de lágrimas que aún recorre sus párpados. Terrence calcula que los otros dos tienen alrededor de doce años. Uno lleva puesta una camiseta sin mangas y otro una guerrera envejecida sin botones. Este sostiene entre sus manos una bolsa de plástico. La aprieta fuertemente contra su pecho mientras baja del vehículo.

—Suéltala —dice Terrence—. Allí no te va a hacer falta.

Tras consultar las coordenadas en su reloj y comprobar que nadie les sigue, Terrence emprende con los tres niños el camino hacia la mina. Todos caminan en línea de uno y él se mantiene un metro por detrás del último niño. Observa en este sus brazos caídos. Su torso jadea con los primeros obstáculos. Tan solo se escucha el agudo quebranto del ramaje. Terrence escondió una mochila en los bajos del todoterreno y ahora la porta a su espalda. El camino se hace cada vez más oscuro a tan solo

cinco pasos por delante. Consulta la señal luminosa del reloj mientras intenta no perder de vista la coronilla del primer niño. El GPS marca una bifurcación. Tras más de dos horas de camino, Terrence ordena parar. A la derecha emerge una explanada que pretende evitar. A la izquierda, la entrada hacia la mina es demasiado escarpada. La zona de extracción se encuentra a cinco metros de profundidad desde el inicio del acceso. Según el estudio de los planos, Terrence no podría bajar a más de un metro. La decisión depende del estado físico de los tres niños. La densa oscuridad ha borrado sus facciones.

Tan solo un leve parpadeo descubre el brillo amarillento de sus pupilas. Atrás quedaron las poses militares con unas Ray Ban plateadas. Ahora sienten un miedo seco y abrasivo. Cuando aceptaron el billete de cien dólares no imaginaron que violarían las órdenes del MLA-52. Sabían que aquello se pagaba con la muerte. Terrence les observa uno a uno y toma una decisión: irán hacia la izquierda.

La única entrada posible descubre un agujero extraordinariamente estrecho. Su contorno es como una encía circular con decenas de colmillos a diferentes alturas. Terrence abre su mochila y ata a cada niño una luz Tikka en la frente. Comienzan el descenso a las 21:10 horas.

Los círculos luminosos proyectados sobre las paredes de roca agigantan la tenebrosa profundidad del recorrido. Terrence encoge los hombros todo cuanto puede.

Escorza las caderas de un lado hacia otro aguantando con la mano derecha todo el peso de su cuerpo. Se detiene cada poco tiempo. Los afilados salientes de roca le arañan la nariz y Terrence siente que el aire fluye con enorme debilidad. Debe de controlar la ansiedad. Una cortina de polvo ha penetrado en su boca y piensa en el desprendimiento causado por un acceso de tos. Cierra los ojos y ordena parar. Gira la muñeca izquierda y comprueba la señal del reloj.

Terrence ha conseguido descender un metro más de lo previsto. Con la nuca completamente doblada y su coronilla sosteniendo un angosto tramo de pared, abre su mochila. Reparte una punta metálica y un martillo a cada niño. Comienzan los golpes.

Uno. Otro. Las vibraciones son como el estallido prolongado de un corazón. La roca abre sus tripas y Terrence siente que se abalanzan contra él. Apenas tiene espacio para moverse. Continúan los golpes. Son profundos, directos y curiosamente acompasados.

Siguen. Otro. Y otro. A los treinta segundos, un impacto de bala agujerea un saliente de roca a tan solo medio metro del rostro de Terrence. El segundo impacto casi roza su bota izquierda. Tras dos disparos menos certeros regresa el silencio.

Terrence apaga la luz de su frente y ordena parar entre susurros. Cierra los ojos y piensa. Mira el reloj y sigue pensando. Con la luz apagada escala hacia un pequeño refugio situado junto al codo derecho de la bajada. Ordena a los tres niños que suban.

Cuando se encuentran a su altura saca el revólver y les hace un gesto de salida. Ninguno de ellos ha apagado la luz de su frente. Se miran entre sí. Sus manos están vacías.

Terrence repite el gesto sin despegar los labios. Clava el silenciador en el cuello del mero y los niños obedecen en silencio. Mira hacia arriba y observa las piernas del último. Los gritos de fuera se confunden con los de dentro. La ráfaga dentada de los fusiles lo acalla todo. Una sombra, posiblemente la del último niño, cae vencida contra una de las paredes. Terrence observa el movimiento como si fuera en cámara lenta. Luego mira el reloj y cubre la esfera con su mano derecha. Decide esperar. Dado que salir de allí no le será difícil, analiza la situación y piensa ya en cómo regresar. De momento cae sobre su frente un grueso reguero de saliva. Es pastosa y su aliento tiene un fuerte olor a plomo. Terrence la retira fríamente con la palma de la mano y sigue pensando.